

## LA PSIQUE DEMOCRÁTICA: GÉNERO, SALUD MENTAL Y MILITANCIA BAJO LA DICTADURA DE PINOCHET

Brandi Townsend<sup>12</sup>

### Resumen:

Este ensayo investiga los trabajos de los profesionales de salud mental asociados con dos ONGs chilenas que nacieron a fines de los años 70 para luchar contra la dictadura de Augusto Pinochet: la Vicaría de la Solidaridad y la Fundación de Asistencia Social de las Iglesias Cristianas (FASIC). Aquellos profesionales ayudaron a los presos políticos y a sus familias a reconstruir sus subjetividades, lo cual significó superar la sobrevivencia cotidiana y la vida privada y participar dinámicamente con la sociedad, normalmente a través de un proyecto político. Los profesionales pusieron en diálogo ideas acerca de la política, los derechos humanos y la subjetividad con las prácticas de la dictadura y las experiencias personales de las víctimas. Plantearon que la recuperación individual fue un proceso colectivo y que la resistencia colectiva dependió de la reconstrucción del individuo. Eso invocó la noción populista del individuo que participa en el colectivo. Planteo que sus conceptos fueron formados por ideas sobre género que tenían sus raíces en el patriarcado populista. Sobre todo, eso se encuentra en su enfoque en la familia nuclear, o al menos la identidad que uno tenía como miembro de una familia nuclear encabezada por el hombre. Como resultado, las experiencias similares sufridas por mujeres militantes eran silenciadas, o puestas en un segundo nivel tras los hombres militantes y sus esposas, en los informes de salud mental.

**Palabras-claves:** Pinochet. Violencia política. Psicoanálisis.

### Introducción

En su gran mayoría, en el hogar de estos niños se vivía una situación de relativa estabilidad económica y laboral, y estaba estructurado al modo típico de la mayoría de las familias chilenas, es decir, el padre era el jefe del

<sup>1</sup> Graduada em História e Espanhol pela Murray State University, Kentucky, EUA. Mestre em História da Europa Moderna pela Universidade do Novo México, EUA. Doutoranda em História da América Latina pela Universidade de Maryland, College Park, EUA. Em 2012 realizou sua pesquisa doutoral com uma bolsa da Fundação Fulbright no Chile, junto à Universidade do Chile em Santiago, Chile, com o patrocínio da Profa Olga Grau. E-mail: [townsend@umd.edu](mailto:townsend@umd.edu)

<sup>2</sup> Gostaria de agradecer a minha orientadora, Profa. Karin Roseblatt, pelo apoio durante o desenvolvimento deste projeto. Seus comentários, assim como a orientação da pesquisa, têm sido muito importantes. Também agradeço à Profa. Cristina Scheibe Wolff e ao Prof. Claudio Barrientos pelos comentários sobre este artigo. Esta pesquisa foi financiada por bolsas do Fulbright Institute for International Education, do Latin American Studies Center e departamento de História da Universidade de Maryland, College Park, EUA, e da Conference on Latin American History. Estou muito agradecida por seu apoio.



hogar que tenía el rol de proveedor principal o único de la familia mientras que su mujer era responsable de las tareas domésticas, cuidado y preocupación de los hijos, distribución del presupuesto familiar y, en algunos casos, contribuía también económicamente a éste mediante el desempeño de algún trabajo remunerado, especialmente si poseía alguna profesión, oficio o especialidad que le permitía, además de aumentar los ingresos de la familia, una realización personal.” Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas, “El daño en los menores, hijos de familias directamente afectadas por la represión (FASIC, 1977).

A fines de los años setenta en Chile, dos organizaciones no-gubernamentales comenzaron a ofrecer servicios en beneficio de la salud mental para presos políticos, ex presos, y familias de personas asesinadas o desaparecidas. Aunque el país todavía se encontraba bajo la dictadura militar de Augusto Pinochet, la Vicaría de la Solidaridad y la Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas (FASIC) tenían como objetivo recuperar la dignidad de los presos políticos y sus familias mediante la reconstrucción del núcleo familiar y, así, contribuir en la reconstrucción de las subjetividades políticas y la democracia en Chile. La cita anterior demuestra el marco más común entre los estudios e informes de salud mental que se realizaron durante esa época. El jefe de hogar debía proveer sustento material a su familia mientras que la mujer, por su lado, era responsable del cuidado de la familia y los hijos. Solo en algunos casos, la mujer realizaba un trabajo fuera de la casa, mediante el cual tenía como primer objetivo maximizar la economía familiar, pasando a un segundo plano el trabajo como medio para su realización personal.

Los estudios realizados por la Vicaría y FASIC se enfocan en los cambios al interior del núcleo familiar; ya sea por la ausencia del padre, víctima de violencia política y los trastornos psicológicos sufridos por sus familias, así como también por el difícil proceso que representaba el volver a casa después del tiempo en detención. Estos estudios tienen una llamativa ausencia, aquella que tiene que ver con experiencias de violencia ejercidas directamente contra las mujeres militantes de los grupos políticos perseguidos y reprimidos durante la dictadura. Dado el enfoque familiar de su trabajo, los informes se centran principalmente en el hombre militante, por lo cual las experiencias similares sufridas por mujeres eran silenciadas o puestas en un segundo nivel.

Los profesionales de salud mental de FASIC y la Vicaría seguían los legados del populismo y los movimientos de izquierda al plantear que la recuperación del individuo era un proceso colectivo y que la resistencia colectiva dependía de la reconstrucción de la subjetividad individual. De acuerdo a esta premisa, reconstruir

las subjetividades de género de los presos políticos y sus familiares era igualmente integral para rescatar la democracia en Chile. Sin embargo, su atención – y los conceptos con los que abordaban el problema familiar de manera holística – giraba en torno al género masculino y reforzaba algunos aspectos de las nociones de género de los populistas y movimientos izquierdistas. Por eso, aunque sabemos que hubo muchas mujeres militantes, muchas de sus historias (así como las de homosexuales, aunque aún no tengo suficiente información para abordar ese tema) no aparecieron en los primeros estudios de salud mental.

Para el populismo y los movimientos de izquierda, tanto hombres como mujeres se integraban ciudadanamente a la sociedad civil dentro de un marco patriarcal. Mediante el estado de bienestar, los gobiernos populistas aproximaron a los obreros a la ciudadanía y los integraron a la sociedad civil apelando a un patriarcalismo que era compartido entre las clases populares y la élite. Por ejemplo, el Frente Popular restringió el acceso al trabajo a las mujeres casadas mientras sus esposos trabajaran a cambio de un sueldo suficiente para mantener toda la familia. Así, los hombres obreros proveían a su familia y participaban en la política, mientras que las mujeres se dedicaban a las labores domésticas. Muchas mujeres de las clases populares preferían restringir su visibilidad al ámbito doméstico, al sufrimiento económico de sus familias. Los movimientos de izquierda de los años 60 y 70 perpetuaron este paradigma en que los hombres militantes eran héroes revolucionarios y los roles de las mujeres eran reflejo de sus deberes tradicionales en el hogar. También las mujeres guerrilleras se encontraban subyugadas dentro de sus organizaciones, aunque llevaban metralletas como los hombres.<sup>3</sup>

Al igual que los populistas y movimientos de izquierda, los profesionales de salud mental de las ONGs que lucharon contra la dictadura postularon una relación integral y dinámica entre el individuo y la sociedad. Es probable que los profesionales de salud mental no fueran conscientes de los conceptos de género que empleaban, por eso es preciso entender sus ideas y prácticas dentro de su contexto histórico para concebirlas como construcciones sociales y no como hechos naturales e inmutables. Tales prácticas e ideas eran, o pretendían ser, una respuesta específica al problema de la dictadura.

---

<sup>3</sup> Cf. (PEDRO; WOLFF, 2010, p. 115-155, 174-190); (MALLON, 2003, p.179-215), (FRAZIER; COHEN, 2003, p. 617-660).

La dictadura provocó cambios en la cultura política del país y en la vida cotidiana del pueblo chileno mediante la violencia política y el uso de torturas basadas en la denigración sexual y las subjetividades de género, para así destruir los valores sociales de los presos políticos. Inger Agger ha planteado que la tortura sexual contra las mujeres tenía como objetivo denigrarlas y hacerlas sentir como “putas”, y así formar un paralelo negativo con su activismo político. Por otro lado, la tortura sexual en contra de los hombres buscaba provocar un complejo de castración u homosexualidad. Ximena Bunster ha postulado que este tipo de tortura contra presas políticas buscaba reforzar el estado del patriarcado y forzar a las mujeres que demostraron independencia y libertad a volver a laborar en sus casas (AGGER, 1989, p. 305-314; BUNSTER-BUROTTO, 1986, p. 297-395).

Durante los años setenta nacieron organizaciones no-gubernamentales para ayudar a los presos políticos, detenidos desaparecidos, ejecutados, exiliados y sus familias. A fines de dicha década y durante los ochenta, estas organizaciones y otras nuevas que continuaron apareciendo incluían servicios de salud mental para ayudar a toda esta población. Durante este tiempo, los profesionales de salud mental buscaron ayudar a estas familias mediante la reconstrucción de sus subjetividades para así sanar las heridas sociales y recuperar la democracia en Chile (FASIC, 1980a; GARCÉS; NICHOLLS, 2005, p. 105-107).

Utilizo “la subjetividad” como categoría de análisis y también como concepto histórico. Como categoría de análisis, me refiero básicamente a lo que plantea Michel Foucault: cómo los discursos de poder construyen a los sujetos y, aún más, cómo los sujetos se definen dentro de y/o en contra de esos discursos. Es más que una “identidad” en tanto sería en realidad lo que un sujeto cree como “la verdad” de sí mismo en relación a los discursos de poder y los sentimientos afectivos. Como concepto histórico, me refiero a la noción de “la subjetividad”, “el yo”, “el sí mismo” y otras ideas similares que se pueden ubicar en los documentos de la Vicaría, FASIC, y luego otras ONGs y que pueden situarse en un contexto histórico. Aunque tienen nombres distintos, los conceptos muchas veces se sustituyen y se refieren al proceso de integrar la experiencia traumática en la narrativa de la vida; superar la vida aislada y cotidiana y vencer los trastornos del trauma psíquico a través de un “proyecto vital”. Por el proyecto vital, el ex preso o familiar podría jugar un papel activo y único en una red social y así reconstruir su subjetividad mientras afirmaría los valores democráticos y se prepararía para participar activamente dentro de la

sociedad en general (FOUCAULT, 1990, p. 17-35, 92-114, 135-159; LIRA; PIPER, 1997, p. 99-129; FASIC, 1980b). El discurso de los derechos humanos fue impregnado con la ideología liberal que sostiene que los individuos tienen el derecho a decidir cómo participar en la sociedad. La dictadura quitó ese derecho al restringir el espacio público a través de acciones como la deslegalización de los partidos políticos, instauración del toque de queda y la destrucción de las personas mediante la tortura (FOUCAULT, 1990, p. 17-35, 92-114, 135-159; LIRA; PIPER, 1997, p. 99-129; FASIC, 1980b).

A fines de los años 70 y principio de los 80, cuando se inició el trabajo en beneficio de la recuperación psicológica para presos y ex presos políticos y sus familias, los conceptos y los tratamientos reforzaron la idea de la militancia y la política como un tema netamente masculino y, por lo tanto, excluyeron y silenciaron la lucha y el sufrimiento de mujeres vinculadas con distintas militancias; además de reforzar los paradigmas de los movimientos de izquierda que promovían el núcleo familiar siempre encabezado por el hombre, en el cual éste jugaba un papel activo en la política y el rol de la mujer era minimizado. Es complicado hablar de algo que no existe en los documentos, pero intento leerlos por lo que dicen y también lo que silencian (FOUCAULT, 1990, p. 17-35, 92-114, 135-159; LIRA; PIPER, 1997, p. 99-129; FASIC, 1980b).

## **Antecedentes**

Nancy Caro Hollander ha demostrado que los psicólogos de Chile y otras partes del Cono Sur en aquella época ligaron las teorías del marxismo con las de Sigmund Freud para abordar el daño individual tanto como la opresión social. No vieron al individuo como un ser completamente subjetivo, encerrado en la angustia individual aparte del contexto social más grande, ni vieron el papel del psicoanalista como algo puramente objetivo como planteó Freud. Al contrario, aquellos psicoanalistas destacaron mejorar al individuo y luchar contra la opresión social como metas interdependientes (HOLLANDER, 1997, p.17-109).

Los equipos de salud mental de la Vicaría, FASIC y otras ONGs fueron interdisciplinarios y consistieron mayormente de psicólogos, psiquiatras, trabajadores sociales y sociólogos. Trabajaron juntos para ayudar a la población y para estudiar las conexiones entre el trauma individual y el trauma colectivo. Esto resultó en

documentos de trabajo, ponencias para conferencias, y estudios publicados, todos los cuales son las fuentes principales para mi análisis. Mientras aquellos profesionales recurrían a su educación en psicoanálisis (tanto en las universidades chilenas como en las extranjeras), su conocimiento y su práctica también fueron formados por el clima político y social en Chile, ambos durante su entrenamiento (mayormente en la época del gobierno de la Unidad Popular) y bajo la dictadura de Pinochet. Aunque habían obtenido un conocimiento de base en su entrenamiento profesional, tuvieron que adaptar esas ideas y proponer nuevas ante la situación de un estado de represión masiva y violencia política. Eso dependió mucho de la información que les dieron sus pacientes: para sacar conclusiones, tenían que aprender desde la experiencia de aquellos que habían vivido la violencia (HOLLANDER, 1997, p. 17-109; CODEPU-DITT, 1989, p.11-15, 221-234; LIRA; PIPER, 1997, 109-128).

Las dos ONGs principales que voy a discutir se fundaron bajo la influencia de la Teología de la Liberación, la cual ligó la consciencia religiosa a la acción individual para aliviar el sufrimiento social. Los documentos no muestran vínculos explícitos entre la religión y el género, aunque establecen que su misión estaba inspirada por el cristianismo. Ese tema merece más investigación para averiguar la construcción de género dentro de estas organizaciones bajo la influencia de las iglesias.

La Vicaría y FASIC brindaron apoyo judicial a las personas que sufrían por la violencia y/o represión de la dictadura militar, las ayudaron a buscar a sus familiares detenidos y prestaron varios servicios para aliviar las situaciones que derivaron de la represión política, como la cesantía y la necesidad de vivir en el exilio. La Vicaría se fundó en 1975. Su predecesor, el Comité de Cooperación para la Paz, fue fundado en 1973 por líderes de varias iglesias protestantes, la comunidad judía y la iglesia católica, pero tuvo que cerrar en 1975 por mandato del estado militar. El Arzobispo de Santiago, Raúl Silva Henríquez, fundó la Vicaría de la Solidaridad meses después para continuar el trabajo del Comité. FASIC se fundó en abril de 1975 y era también una colaboración entre la iglesia católica, iglesias protestantes y la comunidad judía. Ambas, la Vicaría y FASIC, formaron equipos de atención médica y salud mental a fines de los años setenta para brindar estos servicios a la gente que los necesitaba (GARCÉS; NICHOLLS, 2005, p.28-52, 105-107).

Cuando la Vicaría y FASIC comenzaron a atender a presos y ex presos políticos y a sus familiares, a fines de los setenta, los miembros del equipo tenían

que aplicar su educación previa a la situación actual y dependían mucho de los testimonios de sus pacientes para poder comprender lo que les pasó en el cautiverio y el grado del daño psíquico. Michel Foucault señala esa relación de poder entre el psiquiatra y el paciente: la psiquiatría (y, por eso, el campo de salud mental) es una práctica de medicina sin cuerpo; como se trata de la psique, algo invisible, el psiquiatra tiene que depender de la información que el paciente le otorga (FOUCAULT, 2003, p. 266-275). Desde allí, el profesional de salud mental y su paciente van formando una narrativa para organizar el significado de lo que pasó. Por ello, hay que buscar lo que es un hombre o una mujer “sano/a” o “dañado/a” en lo dicho y lo silenciado. Mientras los profesionales de salud mental trabajaron con víctimas de la represión y violencia política para entender lo que pasaron en relación a los derechos humanos y la ciudadanía, influyeron como serían re-contadas esas narrativas.

### **La reconstrucción de la subjetividad. Lo individual y lo social**

Es preciso analizar las dimensiones de género entre los conceptos de terapia y el tratamiento a fines de los setenta porque ello evidencia el silenciamiento de la militancia femenina en la salud mental y sus conceptos de ciudadanía. En muchos casos a fines de los 70, cuando acababa de comenzar el tratamiento de los presos, ex presos, y familiares, el lenguaje conceptual de muchas expertas parecía perpetuar un paradigma del hombre como un sujeto político y público y de la mujer como una persona cuya estabilidad en el hogar complementaba el mundo volátil y masculino de la política. “El hombre concreto” tenía que recuperarse de su daño privado para recuperar su identidad pública, y poder reconstruir su “subjetividad” a través de la búsqueda y actualización de su “proyecto vital.” El hombre concreto era un hombre de acción, de acción pública y política (aunque la acción pública fuera limitada a una red clandestina). Los conceptos de género se manifestaban en la práctica terapéutica, la cual tenía la tendencia de privilegiar a los hombres como agentes políticos y otorgaba a las mujeres papeles políticos subyugados.<sup>4</sup>

Aunque pudiese imaginarse que un concepto como el hombre concreto o el proyecto vital fuese aplicado a las mujeres militantes—quienes aunque en menor

---

<sup>4</sup> El término “hombre concreto” viene del siguiente documento, pero el mismo concepto o uno semejante aparece en varios documentos de otras ONGs. Véase: (FASIC, 1980b).

número que los hombres, militantes, también participaron, fueron torturadas, y murieron al lado de ellos—el lenguaje en sí saca de foco a las mujeres militantes y se centra en la recuperación del sujeto político masculino. Además, por equivaler el proyecto vital a un proyecto político, el concepto sugería que un hombre no podía recuperar su masculinidad, o su subjetividad, hasta volver a vincularse con la política, y reforzaba la idea de lo político y lo público como conceptos masculinos y fuertes, y lo cotidiano y lo privado como femeninos y débiles, o por lo menos en un plano secundario y subyugado.

Las ideas sobre el proyecto vital de los años setenta indicaron un modelo heteronormativo de género en los estudios y la práctica de la salud mental que tomaron algunas normas de género de la época populista y los movimientos izquierdistas. Los profesionales dedicados al trabajo social y los estudios psicológicos dieron mayor énfasis a los presos políticos que eran jefes de hogar. Este enfoque no solo subyugó la experiencia de las presas políticas, sino también de hombres solteros y homosexuales. El arquetipo de un militante completamente recuperado fue un hombre casado y heterosexual, aún si en realidad el paciente fuese soltero, mujer, u hombre o mujer homosexual. Este modelo es evidente en lo silenciado, lo no escrito ni hablado, de los documentos. Cuando no aparecen casos ni tratamientos para esos grupos subyugados (hasta fines de los ochenta por lo menos para las mujeres militantes, y nunca para los homosexuales), pero hay una plétora de estudios y consejos de tratamiento para hombres militantes y sus familias, dejando claro que la unidad de la familia encabezada por el hombre era el eje de los profesionales de salud mental que trabajaron con FASIC y la Vicaría durante la mayor parte de la dictadura. Eso últimamente promovió un marco heteronormativo para reconciliar y formar la memoria de la violencia.

### **La familia nuclear como vía a la subjetividad recuperada**

Los primeros estudios que aparecieron tenían raíces en el modelo de género de la época del populismo. Un cuerpo de literatura bien conocido ha mostrado cómo el sistema de patriarcado fue “modernizado” en América Latina bajo el populismo para que los estados de bienestar hicieran alianzas con las clases obreras y las incorporaran a la ciudadanía con ideas comunes de género. Los estados reforzaron normas patriarcales de género que habían sido cuestionadas por muchas mujeres

obreras que trabajaron en las fábricas y otros trabajos de pago con la ascendencia de la industrialización por sustitución de importaciones. Los estudios sobre Chile han mostrado que, a través de programas específicos de bienestar, el Frente Popular apeló a la noción de la familia nuclear encabezada por el hombre que resonó con la clase obrera y los partidos comunistas y socialistas, que por eso permitió al Frente Popular consolidar el poder (ROSEMBLATT, 2000; ILLANES, 2006; KLUBOCK, 1998).

Los efectos de la modernización del patriarcado en las clases obreras tuvieron implicaciones importantes para el orden de género en los movimientos izquierdistas revolucionarios de los años sesenta y setenta. Trabajos sobre la participación de las mujeres en Chile y otros países en aquellos movimientos, los cuales fueron compuestos por sectores de la clase media y obrera, muestran que los papeles de las mujeres muchas veces fueron limitados a preparar la comida, ser enfermeras para los heridos, y hablar con la gente del pueblo, mientras los hombres fueron los “héroes” del movimiento que lucharon en la primera línea, sea simbólicamente o en realidad (FRAZIER; COHEN, 2003, p. 617-660; KAMPWIRTH, 2002). Esas nociones de género daban forma a cómo los profesionales de salud mental trabajaban con los ex presos y sus familiares para reconstruir sus subjetividades como hombres, mujeres, militantes, líderes, esposos/as, hermanos/as, obreros/as, dueñas de casa, jefes y jefas de hogar y ciudadanos/as. Estos profesionales y sus ideas sobre género influyeron sobre quienes sufrieron la violencia política en Chile, daban sentido a lo que les había pasado y también en cómo hablaban de sus experiencias en privado y también en público.

La Vicaría y FASIC siguieron los fundamentos de la Teología de la Liberación. Una nueva interpretación del Concilio Vaticano II, la Teología de la Liberación destacó la necesidad de remplazar, o complementar, la caridad con la acción social para ayudar a los pobres y liberar al alma. El individuo podría fomentar una relación directa con Dios e interpretar la doctrina religiosa por sí mismo. Alison Bruey plantea que para el caso de Chile, las ONGs afiladas con la iglesia concibieron su misión como apoyar no solamente a los pobres sino también a los perseguidos – como Jesús. La asistencia fue entendida como trabajar con los oprimidos en vez de trabajar por ellos, es decir encontraron poder personal a través de tomar responsabilidad de manera individual. (BRUEY, próxima aparición). Para los hombres, eso podría significar tener trabajo y proveer a la familia. En este contexto,

reconstruir la subjetividad, principalmente a través de reconstruir la familia y los roles individuales de sus miembros, se fusionó con los objetivos de la Teología de la Liberación.

Esas dinámicas de género dentro de la familia, y las formas en que los profesionales de salud mental las interpretaron, se materializaron en los estudios de salud mental que trataban a militantes que volvían al seno familiar después de ser encarcelados o relegados. Una forma común de separar a los militantes de la población general era la relegación, o exilio interno, mediante el cual la dictadura mandó a los militantes a una ciudad específica, frecuentemente lejos de su familia y sus contactos políticos. Aunque pudieron buscar trabajo y alojamiento, tenían que firmar presente en la comisaría local al menos una vez al día, y en muchos casos más veces. Algunas familias se mudaban a la ciudad donde se relegaba a su familiar, pero otras, por razones varias—principalmente económicas—se quedaban en sus lugares de origen y visitaban al relegado cuando podían. Las mujeres asumieron los roles de jefas de hogar y proveedoras principales, muchas por primera vez en sus vidas. En los estudios de prisión política y relegación, las familias y terapeutas trataron el cambio marcado en el comportamiento de los hombres militantes cuando volvieron a casa, particularmente su inhabilidad de hablar del trauma que experimentaron y las repercusiones que el silencio tuvo tanto para los militantes como para sus familias. Que el hombre no pudiera cumplir con su papel como jefe de hogar y proveedor principal resultó no solo en una situación de nerviosismo en el hogar sino también, en la opinión de muchos profesionales de salud mental, se privó a los hombres de su derecho de tener vidas integrales y sanas. También impidió su capacidad de reconstruir sus subjetividades y recuperar sus proyectos políticos (LUCERO, 1980; RELEGACIONES: SU IMPACTO PSICOLÓGICO EN LAS PERSONAS Y EN LA FAMILIA, 1980).

Estudios de la Vicaría de la Solidaridad que salieron a la luz en 1980 enfatizaron el daño emocional que la relegación y el encarcelamiento político causaron a los miembros individuales de la familia y a la familia como unidad. Un informe escrito en 1980 fue una transcripción de las sesiones de terapia grupal de 1978. Este muestra las formas complejas en que las experiencias de la represión resultaron en el daño emocional a los individuos y a las familias, pero también señaló el derrotero a seguir en pos de la solidaridad familiar y el pleno desarrollo personal—especialmente para las mujeres cuyos esposos estuvieron presos. Otro

informe, esta vez uno que trató el problema de la relegación, también escrito en 1980, representó a las mujeres como ansiosas y quebradas emocionalmente y minimizó su rol como agentes activos en favor de una narrativa que llamaba la atención sobre las rupturas psicológicas que la represión política causó a los militantes y sus familias (LUCERO, 1980; RELEGACIONES: SU IMPACTO PSICOLÓGICO EN LAS PERSONAS Y EN LA FAMILIA, 1980).

En 1978, varios terapeutas de la Vicaría guiaron y grabaron las sesiones de tres grupos de terapia. Estos grupos se reunieron en seis sesiones. Constaron de hombres que habían sido relegados o encarcelados por razones políticas junto con sus esposas – aunque al menos una ex-prisionera política también participó en uno de los grupos. El estilo fue de diálogo abierto, y el terapeuta intervino ocasionalmente para guiar la discusión. En 1980, el Dr. Sergio Lucero, uno de los psicólogos de la Vicaría, transcribió partes de las sesiones y las organizó según los temas que marcaron las experiencias de la vida de los detenidos y sus familias durante el periodo de la relegación o el encarcelamiento, así como el regreso a la casa y lo que significaron esas situaciones para la vida familiar. Los grupos estuvieron compuestos de personas de varios niveles educacionales y socioeconómicos, incluso aquellos que habían pertenecido a la clase media antes de la dictadura sufrieron en 1978, ya que la dificultad de encontrar trabajo con el estatus de ex prisionero político no era menguada por el origen social. Aunque el documento no dice cómo llegaron a participar en las sesiones, algunas de las mujeres mencionaron su involucramiento con la Vicaría durante el encarcelamiento de sus esposos, y en la mayoría de los casos en general fueron las mujeres las que iniciaron la búsqueda de asistencia terapéutica para sus familias (LUCERO, 1980).

Las mujeres, tanto como sus esposos, utilizaron las sesiones de terapia grupal para buscar experiencias en común por compartir sus testimonios personales de sufrimiento y de esperanza. En las transcripciones se relata cómo las mujeres asumieron el papel de proveedor principal – en ausencia del varón – mediante la venta doméstica de huevos, cigarrillos, y otros productos. Otras dejaron el espacio doméstico y trabajaron fuera de la casa por primera vez para mantener a sus familias. En sus nuevos papeles como jefas de hogar, tomaron las decisiones sobre cómo criar y disciplinar a sus hijos, muchas veces sin consultar a sus esposos. Muchas mujeres dijeron que aunque encontraron difícil y espantosa la situación, ganaron independencia personal y autoestima a través de la experiencia. Cuando

volvieron sus esposos, muchos de ellos no pudieron encontrar trabajo debido a sus estatus como ex presos y a la crisis económica. Los esposos reaccionaron de maneras mixtas: algunos estuvieron impresionados y sorprendidos que sus esposas pudieron sobrevivir sin ellos, y otros se encontraron desorientados y frustrados ante la nueva situación. Algunos reflejaron actitudes de equidad ante sus esposas, diciendo que nunca habían deseado que ellas se sintieran “encadenadas,” y que siempre las habían considerado como “compañeras” (LUCERO, 1980). En esa sección, “La experiencia de la mujer. Detención como expectativa y como realidad”, Lucero transcribió el comentario de una de las mujeres:

Eugenia: Para mí, como mujer, esta situación de crisis, más aún con las alteraciones que me puede haber provocado el problema de estar sola, el nerviosismo, la incertidumbre de lo que va a pasar, en qué situación voy a quedar.

Pienso que tuve bastante suerte, porque en menos de un mes encontré trabajo, un trabajo que me permitía estar más tranquila, porque aunque no estaba [sic] completamente independiente, podía cooperar en la casa, y ya no era un lastre para la familia, y podía llevar las cosas que eran necesarias, tanto para mi marido en la Cárcel, como para mantener al niño y a mí.

Cuando supe que mi marido participaba en estas actividades, veía la posibilidad de que el cayera detenido y me espantaba, realmente estuve bien nerviosa por ese problema, pero la situación no fue tan terrible (LUCERO, 1980).

En este momento, es importante considerar la construcción del documento. Como mencioné antes, Lucero transcribió las sesiones grupales de 1978 y las organizó según tema en su informe de 1980. Por tanto, eligió los temas para destacar y cuáles testimonios utilizar como ejemplos. Tomó en consideración las experiencias de las esposas al lado de las experiencias de los ex presos políticos y las subrayó por organizarlas en tema, en vez de perderlas en la narrativa general de la experiencia masculina. Además, eligió testimonios que mostraron cómo algunas mujeres asumieron el papel de proveedora principal de la casa, manejaron cargas emocionales muy pesadas y sintieron, en suma, que “no fue tan terrible,” lo cual demostró la capacidad de recuperación de esas mujeres a pesar de la represión que enfrentaron. En el caso de Eugenia, se enteró de las actividades políticas de su esposo justo antes de que fuera detenido, y se preparó para el daño emocional y económico. Se convirtió en jefa de hogar y apoyó económicamente a su esposo mientras estuviera encarcelado. En vez de ser pura víctima de la represión política,

Eugenia se juntó a su familia y ganó un sentido de autonomía. En el proceso, desafió el régimen de género que promovió la dictadura (LUCERO, 1980).

En el otro informe de 1980 (con el mismo título pero sujetos distintos), las mujeres aparecieron también activas, pero hay que leer cuidadosamente para deducir eso pues el autor frecuentemente destaca sus sentimientos de angustia y ruptura emocional en vez de las acciones que tomaron para mejorar las situaciones de sus familiares y sus propias vidas. Mientras que las transcripciones de las sesiones de 1978 mostraron una historia más compleja en que tanto hombres como mujeres resistieron la victimización absoluta, este informe llamó la atención sobre los efectos más extremos de la relegación. Sin embargo, si bien las mujeres en este otro informe de 1980 sin duda sufrían una pena emocional tremenda, también se mantuvieron proactivas. Sus testimonios no solo sirvieron para socializar su dolor personal, sino que también informó a los terapeutas de la Vicaría de los estados psicológicos de sus esposos e hijos y de los síntomas que observaron en ellos cuando fueron a visitar a sus familiares en sus lugares de relegación o detención. Después de haber abordado el desafío peligroso de buscar a sus familiares en las cárceles y comisarías, las mujeres buscaron asistencia no solo para sí mismas, sino también para sus seres queridos. Esto conllevó a que algunas mujeres, tiempo después, fueran perseguidas por la policía secreta (RELEGACIONES: SU IMPACTO PSICOLÓGICO EN LAS PERSONAS Y EN LA FAMILIA, 1980).

El autor del informe cita a menudo el testimonio de uno de los casos más intensos para enfatizar los efectos negativos en los familiares que resultaron de la relegación. Por ejemplo, Nancy era una dueña de casa que tenía treinta y siete años y dos hijos adultos. El hijo menor, de dieciocho años de edad, había sido detenido y relegado. En su análisis, el autor cita palabras del testimonio de Nancy, el cual presumiblemente se produjo dentro de la terapia psicológica en tanto sigue un diagnóstico preconcebido. Subraya frases como, “casi me volví loca al saber de la detención,” y “andaba como tonta llorando por las calles, me imaginaba a mi hijo vagando como un delincuente” (RELEGACIONES: SU IMPACTO PSICOLÓGICO EN LAS PERSONAS Y EN LA FAMILIA, 1980). La parte más extensa del informe sobre Nancy, ubicado casi al final del documento, muestra la perspectiva del terapeuta, pero también ofrece una vista de cómo Nancy ejerció un rol activo en medio de una situación profundamente peligrosa:

Desde el comienzo de la entrevista clínica se la observa muy quebrada emocionalmente, llora durante todo el curso de ella.

Cuando supo de la detención de su hijo, afirma: “casi me volví loca”. Salió a buscarlo por todas las comisarías, en donde negaban que su hijo estaba detenido, logró saber algo sólo a media noche del día 1° de Mayo.

Al ser detenido su hijo fue golpeado, sufrió trato humillante (arrastrado).

La otra situación de angustia aguda la padece al saber que es relegado, se descontrola: “andaba como tonta llorando por las calles”. Se imagina a su hijo “vagando en la localidad de relegación como un delincuente”. [...]

En la primera visita que le hace la madre, “lo vé [sic] cambiado, muy comprometido en el plano emocional: llora a gritos” no tolerando su relegación. Estas manifestaciones de compromiso emocional agudo se presenta [sic] cada vez que es visitado por su madre.

Movida por sentimientos de temor por su hijo mayor, le envía donde su padre, que es funcionario de Carabineros en una localidad del Norte del país.

Separada por estas dos causas de sus dos hijos, se desarrolla un cuadro en que predomina la angustia y síntomas depresivos, junto a síntomas que aluden a una regresión de tipo infantil (inmadurez). En dos oportunidades presenta enuresis nocturna, este síntoma lo entrega “con vergüenza”, afirmando: “nunca desde muy pequeña me había orinado en la cama”. [...]

Se ve muy dependiente de ellos: “me gustan mis hijos y es como si me hubieran arrancado el corazón”, señala. Su vida se ha centrado en ellos. Se siente indefensa y sin apoyo, “quisiera que alguien me diera la mano”. “He necesitado mucho de mi madre” (RELEGACIONES: SU IMPACTO PSICOLÓGICO EN LAS PERSONAS Y EN LA FAMILIA, 1980, p.4-9).

A pesar del hecho de que Nancy tomó un rol activo en buscar a su hijo, visitándolo donde fue relegado, informando a la Vicaría sobre su estado emocional, y enviando a su hijo mayor (quien tenía veintiún años) a vivir con su padre en el norte, el informe persiste en destacar su fragilidad emocional. En vez de señalar que Nancy enfrentó una situación peligrosa (después fue perseguida por la policía secreta) para asegurar la seguridad emocional y física de su familia, el autor enfatiza su regresión al comportamiento de una niña y su dependencia de sus hijos y su madre, en lugar de la dependencia de su hijo de ella (RELEGACIONES: SU IMPACTO PSICOLÓGICO EN LAS PERSONAS Y EN LA FAMILIA, 1980).

En 1980, no obstante, el propósito principal de un informe como ese no fue subrayar el poder de las mujeres—o el rol activo del preso político. El objetivo principal del informe fue denunciar las violaciones a los derechos humanos y acentuar el daño profundo que causaron a ambos, la víctima directa y sus familiares.<sup>5</sup> A mediados de los ochenta el clima político en Chile cambió a uno de protesta masiva (especialmente durante y después de 1983-1984), en el cual muchas organizaciones de mujeres jugaron un rol fundamental. En ese contexto, que coincide con una mayor publicación y circulación de estudios de salud mental

<sup>5</sup> Quiero agradecer a Cristina Scheibe Wolff por ayudarme a clarificar esta idea.

sobre los efectos de la violencia política por y entre las ONGs chilenas, los profesionales de salud mental empezaron a destacar la capacidad del individuo de recuperarse, en contraste con un discurso de simple victimización. Al mismo tiempo (desde mediados hasta el fin de los ochenta y a comienzos de los noventa), los equipos de salud mental de las otras ONGs como el Comité para la Defensa de los Derechos del Pueblo (CODEPU), empezaron a tomar perspectivas influidas por el movimiento de las mujeres, pero ello escapa de los parámetros de esta discusión.<sup>6</sup>

El Programa Médico-Salud de FASIC que nació en 1977 (tres años después de la organización) mientras ayudó a miles de personas por más de dos décadas, también perpetuaba el paradigma de la familia nuclear y silenciaba y/o subyugaba gran parte (probablemente sin intención) de las experiencias de las mujeres militantes y jefas de hogar hasta por lo menos los años 90. El trabajo de salud mental empezó con el programa de reunificación familiar (GARCÉS; NICHOLLS, 2005, p.106). Pero ello pudo priorizar a las familias nucleares y excluir a las personas en otras situaciones, como madres solteras, parejas homosexuales, y parejas no casadas. Al mismo tiempo, pudo haber existido situaciones de doble silenciamiento: como ambos FASIC y la Vicaría fueron ONGs afiladas a la iglesia católica y otras iglesias cristianas, es muy posible que personas en esas situaciones no se sintieran muy cómodas pidiendo su ayuda, o por lo menos revelando sus situaciones verdaderas. Cabe señalar, sin embargo, que esas organizaciones atendieron a muchos casados separados, pues reconocieron que eso era un efecto común de la experiencia traumática de la violencia política.

Uno de los programas más conocidos de FASIC era el taller terapéutico que comenzó en 1978. Este integró la terapia grupal con la capacitación en artesanía o literatura. Tenía tres propósitos principales para lograr la reconstrucción de la subjetividad: 1) ayudar a los participantes a enfrentar la situación represiva y violenta que vivían cuando aún no tenían capacidad para hablar de ella; 2) capacitarles en artesanía para poder agregar algún apoyo económico a sus familias, como la mayoría de los ex presos eran cesantes y las esposas de los ex presos y desaparecidos ya tenían que aumentar la economía familiar y 3) ayudarles a volver a vincularse con los valores democráticos al relacionarse con un grupo de personas de experiencias y orígenes distintos y encontrar lo que ellos como individuos podían

---

<sup>6</sup> Véase especialmente: (KIRKWOOD, 2010, p. 154-166).

contribuir al colectivo (FASIC, 1978).

La perspectiva de género en los talleres parece más clara cuando uno la ve a través de los años. Al principio, los grupos consistieron mayormente de hombres militantes y de esposas de presos políticos, ex presos, desaparecidos y ejecutados. El eje fue reconstruir la subjetividad y la democracia en una etapa, pero igualmente, esa imagen era principalmente la de una sociedad de héroes revolucionarios (hombres) quienes en el momento habían perdido su poder por la violencia y represión económica del estado y las madre y esposas quienes habían perdido al jefe de hogar por la misma razón y ahora tenían que seguir adelante. Claro que eso era una gran parte de la historia, pero la experiencia de la mujer militante o la mujer (u hombre) que no era parte de una familia nuclear tradicional no cabe en la narrativa. En los años noventa, el equipo de FASIC hizo estudios sobre la condición psicológica de las mujeres militantes que cayeron presas. También en los noventa, el equipo trabajó con el Servicio Nacional de la Mujer (SERNAM) para lanzar talleres y programas para capacitar a las mujeres pobladoras a ser microempresarias y para trabajar en otras profesiones y trabajos para que enfrenten las realidades cotidianas del neoliberalismo. Utilizaron el género como categoría de análisis en los talleres de capacitación con las mujeres. Los talleres fueron dirigidos a las mujeres que fueron jefas de hogar—las proveedoras principales para sus familias, y no necesariamente porque sus esposos eran mártires por la violencia política (FASIC, 1989; FASIC, 1993; FASIC, 1996)

El énfasis en las mujeres militantes comenzó en otras ONGs, como La Corporación de Defensa de los Derechos del Pueblo (CODEPU) y el Instituto Latinoamericano de Salud Mental y Derechos Humanos (ILAS) en los años ochenta. CODEPU especialmente planteaba una perspectiva más feminista (aunque no sea cierto si fueron conscientes de esto) que las otras ONGs en sus estudios. Pero es esencial situar eso en el contexto del movimiento feminista en Chile, el cual ganó más fuerza durante los años 80. Las feministas, como los profesionales de salud mental, involucraron lo privado a lo público, pero desde una perspectiva de género y con el fin de lograr igualdad entre los sexos. Muchas organizaciones creían que educar a las mujeres sobre sus cuerpos y sexualidad estaba vinculado directamente a resistir a la dictadura. La tortura sexual de las mujeres hizo aun más importante ese trabajo: aprender del cuerpo—sus funciones orgánicas y simbólicas—era esencial para reivindicar el cuerpo femenino de las estructuras patriarcales sociales

y los cuerpos torturados y desaparecidos de la dictadura. Era también esencial para reconstruir un cuerpo social basado en la igualdad de género. Enfatizaban que el poder patriarcal comenzó mucho antes que la dictadura, pero la dictadura reforzaba la dominación patriarcal del cuerpo humano, especialmente del cuerpo femenino, en lo privado y lo público.

Eventualmente, se ve un poco de influencia del movimiento feminista en los programas de la Vicaría y FASIC, pero más que nada en los años 90. Antes de eso, su eje principal era reconstruir la subjetividad para recuperar la familia nuclear, o por lo menos el rol que uno jugaba como parte de una familia nuclear.<sup>7</sup>

### **El padre ausente y la madre angustiada. Estudios sobre los niños y la familia.**

La imagen del jefe del hogar ausente por la violencia política es también fuerte en los estudios psicológicos sobre los niños. El hombre, como jefe del hogar, no solo tenía poder patriarcal sobre su esposa, sino también sobre los hijos. Los estudios realizados a fines de los años setenta y durante los ochenta (cuando se continuó los estudios sobre los niños con padres desaparecidos en los setenta y ochenta) que se enfocaron en los niños revelan mucho acerca de cómo el equipo concibió el daño psicológico de la familia y el daño a la familia como unidad social. Esos estudios hablan del padre ausente y, por la mayor parte, son invisibles la participación, encarcelamiento, y desaparición de mujeres militantes --y las que tenían hijos.

Un informe de la Vicaría plantea que es de suma importancia cuidar la salud mental de los hijos de detenidos desaparecidos para que tengan la posibilidad de ser “personas integrales.” Destaca en el informe que su concepto de salud mental reconoce que la salud mental de una persona no es estática ni subjetiva, sino que depende en que mantenga la capacidad de relacionarse con otros y con la sociedad entera, pero más que nada “dentro de un marco de cierta seguridad: necesita saber que tiene un lugar en la sociedad que no le va a ser arrebatado arbitrariamente por otros, necesita saber que como persona tiene algunos derechos inalienables.” La dictadura militar había quebrado esa seguridad, dejando a las personas, incluso los niños, sin la confianza necesaria para desarrollarse como personas—ni dentro de la

---

<sup>7</sup> Véase especialmente (KIRKWOOD, 2010, p. 32-38).

familia, donde más que nada uno debiera sentirse seguro. De hecho, la mayoría de los niños que se atendieron habían regresado en su comportamiento al de un niño menor (PROGRAMA SALUD MENTAL, 1978).

A través de la terapia, los niños podrían enfrentar y superar los trastornos psicológicos, dejándolos con la posibilidad de desarrollarse equipados para ser ciudadanos democráticos. La salud mental de los niños era importante para la democracia porque ellos representaban el futuro de la nación y la posibilidad de una sociedad democrática. Además, para reconstruir la familia nuclear—y entonces la subjetividad y la democracia—los niños, tanto como los adultos, debían ser sanos.

Un estudio de FASIC alrededor del año 1977 muestra claramente esa preocupación por el énfasis en el daño psicológico de los niños. Mientras los autores reconocieron que hubo casos en que ambos la madre y el padre quedaron presos (no hablaron de madres solteras presas), dijeron que no hubo data suficiente para analizar esa situación. Lo siguiente resume su análisis de la situación familiar en la cual el padre había caído preso:

El padre repentinamente “se ausenta,” se muere, o “desaparece”. La madre sale sin orientación muy clara, muy angustiada y llena de temores. En general, no tiene muy claro a donde [sic] dirigirse, lo más común es que no le entregó ninguna información al respecto. Va a la Comisaría, recorre los recintos carcelarios, en los primeros días generalmente se lo niegan en todas partes. Si lo detuvieron en su propio hogar tiene, al menos, una pista a la cual aferrarse, pero si desapareció repentinamente tiene sólo rumores, a veces testigos y una gran desesperación. Comienza entonces un largo calvario, prácticamente abandona su hogar y sus hijos, a veces no le queda otra alternativa que hacerse acompañar por ellos.... La familia se ha desintegrado, los roles se confunden, los niños menores se sienten abandonados y con una doble y dolorosa pérdida: el padre y la madre siempre ausentes, comienzan las peleas entre los hermanos, el mayor “se cree papá”, no le obedece, peleas, frustraciones, falta de afecto. Los niños son alejados del hogar, se llevan donde parientes o amigos (FASIC, 1977).

Como se ve, la pérdida del jefe del hogar—un hecho de la dictadura—termina en un caos total en el hogar. A los niños les falta no solo el padre, sino también la madre, porque la madre no puede cumplir los dos roles e intentar hacerlo solo produce confusión en los niños. La madre también abandona a sus hijos por buscar al padre y/o los expone al daño psicológico por llevarlos a la Comisaría y otros lugares. En fin, la madre no sabe cómo portarse y los niños sufren, aunque sea culpa del estado dictatorial y no necesariamente de la madre. Cuando se quita al hombre de la casa, todo lo racional se va también y la familia nuclear queda “desintegrada.”

A través de toda la narrativa, el hombre era el militante, el héroe caído, y la mujer era la esposa que luchaba por recuperar su familia rota, o abandonarla cuando no podía cumplir con sus deberes como madre. Las experiencias de las mujeres militantes—y de sus familias—son casi inexistentes. En el estudio de la Vicaría citado arriba, de los 203 casos de niños atendidos entre 1973 y 1977, solo dos de ellos tuvieron la madre detenida desaparecida y dos tenían ambos, madre y padre desaparecidos. La mayoría tenía el padre desaparecido y otros el abuelo, tío, o primo—figuras masculinas. Cabe destacar también que el estudio de la Vicaría nota que generalmente las madres llevaron a los niños a ser atendidos, y los informes de FASIC indican lo mismo. Las mujeres que fueron madres y esposas de hombres militantes cumplieron un papel importante al buscar apoyo terapéutico para sí mismas y sus familias. Además de encargarse de la recuperación emocional de la familia, abrieron el espacio para hablar del trauma privado y no solo sanar las heridas emocionales y psíquicas, sino también atestiguar a las violaciones de derechos humanos y sus efectos sobre la familia (PROGRAMA SALUD MENTAL, 1978).

### **Consideraciones finales**

De acuerdo a los profesionales de salud mental que trabajaron con la Vicaría de la Solidaridad y FASIC a fines de los setenta, para reconstruir la subjetividad política era necesario recuperar la familia nuclear, o al menos la identidad que uno tenía como miembro de una familia nuclear encabezada por el hombre. Sin recuperar lo cotidiano, sería imposible rescatar la democracia en Chile. De este modo, seguían un modelo de género que tenía raíces en la época de los gobiernos del populismo, cuando los estados del bienestar forjaron una alianza entre la élite y los obreros a través de la imagen de la familia nuclear y los papeles de género basados en el patriarcado. También, las ideas de salud mental reforzaban las imágenes de los movimientos izquierdistas de los sesenta y setenta del hombre militante como héroe revolucionario y la mujer como sujeto apolítico o con un rol subyugado en la política. Pero también seguían la ideología populista del individuo como parte integral del bien común. Había que recuperar la subjetividad individual para recuperar la sociedad para la democracia. Eso se hizo usando ideas específicas sobre género que, al principio del trabajo de salud mental de las ONGs—

la época que destacamos en este dossier—excluyó a lo peor y subyugó a lo mejor de las experiencias de mujeres militantes en favor de la imagen del hombre militante que encabezó a una familia y una mujer que sacrificó para la familia desde la casa y que salió a trabajar cuando fue necesario por la cesantía o la muerte de su esposo militante.

Eso no es decir que los equipos de salud mental hicieron un trabajo insuficiente, malo, o sin valor. Ni es decir que los sacrificios y daños de las mujeres militantes valen más que los de los hombres militantes o las esposas y otros familiares de militantes víctimas de la violencia política. El trabajo de los equipos de salud mental y los sacrificios de todos son monumentales. Simplemente quiero señalar cómo el significado de qué es “sano” y cómo recuperar la subjetividad tras una experiencia traumática al nivel individual y social debe ser situado en su contexto histórico—un contexto que no se puede separar del género—para entenderlo completamente. Así, podemos seguir investigando cómo la salud mental alcanzó a tener un lugar principal en la lucha por los derechos humanos y el juicio de la dictadura y cómo sus ideas influyeron en la memoria de esa época.

## **A PSIQUE DEMOCRÁTICA: GÊNERO, SAÚDE MENTAL E MILITÂNCIA SOB A DITADURA DE PINOCHET**

### **Resumo:**

Este artigo investiga o trabalho de profissionais da saúde mental vinculados com duas ONGs chilenas que nasceram no final dos anos 70 para lutar contra a ditadura de Augusto Pinochet: o Vicariato da Solidariedade e a Fundação Social de Assistência de Igrejas Cristãs (FASIC). Aqueles profissionais ajudaram presos políticos e suas famílias a reconstruírem suas subjetividades, o que significou superar as dificuldades de sobrevivência cotidiana e da vida privada, e se envolverem dinamicamente com a sociedade, geralmente através de um projeto político. Os profissionais colocaram em diálogo ideias sobre política, direitos humanos e a subjetividade com relação às práticas da ditadura e as experiências pessoais das vítimas. Eles argumentaram que a recuperação individual foi um processo coletivo e que da resistência coletiva dependia a reconstrução do indivíduo. Isto invocou a noção populista do indivíduo que participa do coletivo. Defendo que seus conceitos foram moldados por ideias sobre gênero que teriam suas raízes no patriarcado populista. Acima de tudo, isso se encontra como foco na família nuclear, ou pelo menos a identidade que uma pessoa tinha como um membro de uma família nuclear encabeçada por um homem. Como resultado, experiências semelhantes sofridas por mulheres militantes eram silenciadas, ou eram colocadas em segundo nível, atrás de militantes homens e suas esposas, nos relatórios de saúde mental.

**Palavras-chave:** Pinochet. Violência política. Psicanálise.

## **THE DEMOCRATIC PSYCHE: GENDER, MENTAL HEALTH, AND MILITANCY UNDER THE DICTATORSHIP OF AUGUSTO PINOCHET**

### **Abstract:**

This essay investigates the work of mental health professionals associated with Chilean non-governmental organizations that were created at the end of the 1970s in opposition to Augusto Pinochet's dictatorship: The Vicariate of Solidarity and the Foundation of Social Aid of the Christian Churches (FASIC). Those professionals helped political prisoners and their families reconstruct their subjectivities, which meant overcoming everyday survival and private life and participating in society in a dynamic way, typically through a political project. Mental health professionals put ideas about politics, human rights, and subjectivity in dialogue with the dictatorship practices and victims' personal experiences. They argued that individual recovery was a collective process and that collective resistance depended on the reconstruction of the individual. This invoked the populist notion of the individual's participation in the collective. I contend that ideas about gender based on populist patriarchy influenced mental health professionals' concepts about reconstructing subjectivity. Above all, they focused on the male-headed nuclear family, or at least a person's identity as a member of one, as the concept had consolidated under populism. As a result, mental health studies tended to subjugate women militants' experiences to those of male militants and their wives.

**Keywords:** Pinochet. Political violence. Psychoanalysis.

## Referencias

AGGER, Inger. Sexual Torture of Political Prisoners: An Overview. **Journal of Traumatic Stress** 2, no. 3, 1989, p. 305-314.

BUNSTER-BUROTTO, Ximena. Surviving Beyond Fear: Women and Torture in Latin America." In: **Women and Change in Latin America**, editado por June Nash y Helen I. Safa,. South Hadley, Mass., 1986, p. 297-395

BRUEY, Alison J. Transnational Concepts, Local Contexts: Solidarity at the Grassroots in Pinochet's Chile, en Jessica Stites Mor, ed., **Human Rights and Transnational Solidarity in Cold War Latin America**, Madison: University of Wisconsin Press, (próxima aparición).

CODEPU-DITT. **Persona, Estado, Poder**: Estudios sobre Salud Mental, Chile, 1973-1989. Santiago: Edición Sergio Pesutic, 1989.

FASIC. **El daño en los menores, hijos de familias directamente afectadas por la represión**. Biblioteca de FASIC, Santiago, Chile, documento 5.88. Santiago: FASIC, 1977.

FASIC. **Informe N° 5, Programa Médico-Psiquiátrico, mayo 1979- abril 1980**. Biblioteca de FASIC, Santiago, Chile, documento 18.7. Santiago: FASIC, 1980a.

FASIC. **Daño psicológico de la represión política en el individuo**. Ponencia presentada al Seminario Daño Psicológico y Crisis, Santiago, Chile. Archivo Vicaría de la Solidaridad, Santiago, Chile, Ficha CD: 01569.00, 1980b.

FASIC. **Informe anual de actividades**. Biblioteca de FASIC, Santiago, Chile, documento 22.13, 1978

FASIC. Programa de la mujer. Area desarrollo y capacitación. **Proyecto de capacitación y promoción de autogestión dirigido a jefas de hogar y mujeres jóvenes de grupos de alto riesgo social**. Biblioteca de FASIC, Santiago, Chile, documentos 9.14, 9.15. Santiago, FASIC, 1996.

FASIC. **Ser mujer y vivir recluida**. Biblioteca de FASIC, Santiago, Chile, documento 9.1, 1989.

FASIC. **Violencia política contra la mujer**. Biblioteca de FASIC, Santiago, Chile, document 9.3, 1993.

PROGRAMA SALUD MENTAL, **Informe trabajo diagnostico niños de detenidos desaparecidos**, Santiago, Chile, junio de 1978, Archivo Vicaría de la Solidaridad, Santiago, Chile, ficha 00911.00.

FRAZIER, Lessie Jo; COHEN, Deborah. Mexico '68: Defining the Space of the Movement, Heroic Masculinity in the Prison, and 'Women' in the Streets. **Hispanic American Historical Review** 83, no. 4, November 2003, p. 617-660.

FOUCAULT, Michel. **The History of Sexuality**. Volume I: An Introduction. Traducido por Robert Hurley. New York: Vintage, 1990.

FOUCAULT, Michel. **Psychiatric Power, Lectures at the Collège de France, 1973-1974**. Traducido por G.B., New York: Picador, 2003.

GARCÉS, Mario; NICHOLLS, Nancy. **Para una historia de los DD.HH. en Chile**. Historia institucional de la Fundación de Ayuda Social de Iglesias Cristianas, FASIC, 1975-1991. Santiago, LOM, FASIC, 2005.

HOLLANDER, Nancy Caro. **Love in a Time of Hate: Liberation Psychology in Latin America**. New Brunswick, Rutgers University Press, 1997.

ILLANES, María Angélica. **Cuerpo y sangre de la política**. La construcción histórica de las visitadores sociales, Chile, 1887-1940, Santiago, LOM, 2006.

KAMPWIRTH, Karen. **Women and Guerilla Movements: Nicaragua, El Salvador, Chiapas, Cuba**. University Park, Pennsylvania State University Press, 2002.

KIRKWOOD, Julieta. **Ser política en Chile: las feministas y los partidos**. 3 ed, Santiago, LOM, 2010.

KLUBOCK, Thomas Miller. **Contested Communities: Class, Gender, and Politics in Chile's El Teniente Copper Mine, 1904-1950**. Durham: Duke University Press, 1998.

LIRA, Elizabeth ; PIPER, Isabel, ed. **Subjetividad y política: diálogos en América Latina**. Santiago: ILAS, CESOC, 1997.

LUCERO, Sergio. **Relegaciones: su impacto psicológico en las personas y en la familia**. Santiago. Archivo Vicaría de la Solidaridad, 1980, ficha CD 2757.3.

MALLON, Florencia E. Barbudos, Warriors, and Rotos: The MIR, Masculinity, and Power in the Chilean Agrarian Reform, 1965-74. In: **Changing Men and Masculinities in Latin America**. Editado por Matthew C. Gutmann. Durham: Duke University Press, 2003. p. 179-215.

PEDRO, Joana Maria; WOLFF, Cristina Scheibe. **Gênero, feminismos e ditaduras no Cone Sul**. Ilha de Santa Catarina: Mulheres, 2010.

**RELEGACIONES: SU IMPACTO PSICOLÓGICO EN LAS PERSONAS Y EN LA FAMILIA**. Santiago, Archivo Vicaría de la Solidaridad, 1980, ficha CD 2462.3.

ROSEMBLATT, Karin Alejandra. **Gendered Compromises: Political Cultures and the State in Chile, 1920-1950**. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2000.

Dossiê: Recebido em: Março/2013 Aceito em: Maio/2013
--